Capítulo 2

Juan de Estrada, dominico y traductor en el México colonial*

MARÍA DEL PINO VALERO CUADRA**

Introducción

En este capítulo, tras realizar un breve recorrido por el origen de la Orden de los dominicos, también llamada la Orden de Predicadores, y su implantación en el continente americano tras la conquista de América de la mano de figuras como Bartolomé de las Casas (Fernández, 1994), se realizará un análisis de la figura del fraile dominico Juan de Estrada —también llamado Juan de la Magdalena en honor a la santa a la que estaba dedicada la casa de Tepetlaoztoc donde se crió como novicio— y su labor como traductor.

Nacido en Ciudad Real a principios del siglo XVI e hijo del último gobernador de México, Alonso de Estrada (Esquibel, 1998), Juan de Estrada ha pasado a la historia como el creador, en tanto que

* Este capítulo se ha elaborado en el marco del proyecto de investigación “Catalogación y estudio de las traducciones de los dominicos españoles e iberoamericanos” (Referencia FFI2014-59140 P). Investigador Principal: Antonio Bueno García.

** Profesora titular en el Departamento de Traducción e Interpretación de la Universidad de Alicante.

traductor, del primer libro que se publicó en Indias¹: la traducción del latín al castellano de la *Escalera espiritual para llegar al cielo*, de San Juan Clímaco, una singular obra, originalmente escrita en griego, que el cardenal Cisneros ya había ordenado traducir anteriormente y de la que, según fray Luis de Granada, otro ilustre fraile dominico, existían dos traducciones antes de 1562, año en el que él publicó su propia versión castellana de la obra.

Inicialmente se pensó que el citado volumen vio la luz en 1532 en la célebre imprenta de Juan de Pablos que el virrey Antonio de Mendoza llevó a México, aunque otras investigaciones apuntan a que fue hacia 1535 en la imprenta de Esteban Martín, como veremos en detalle más adelante. Incluso se duda de que ésta haya sido la primera obra publicada en Indias, como explica Alegre-Peyrón:

La primera imprenta de América fue establecida en la ciudad de México en 1536 por Cromberger, oficial impresor de Sevilla, debido principalmente a las gestiones del obispo de México, fray Juan de Zumárraga, y también del virrey Antonio de Mendoza. No se sabe con certeza cuál fue el primer libro que salió de la primera imprenta de América y varios se adjudican ese honor, entre ellos *La escala espiritual*, de Juan Clímaco, traducción de fray Juan de Estrada. Otras fuentes nos dicen que el primer libro se imprimió en 1539 y fue la *Breve y más compendiosa doctrina christiana en lengua mexicana y castellana* de fray Juan de Zumárraga (2007, p. 74).

Por lo que se refiere a la traducción de Juan de Estrada, se da noticia de ella por primera vez en España en el *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles* que Juan Antonio Pellicer y Saforcada publicó

1 Su nombre aparece, de hecho, en un volumen que recoge una antología de los libros y libreros más importantes de la historia (Castañeda, 2001). Véase también el mapa misionero de finales del siglo XVIII recogido en el importante volumen de Antonio de Alcedo (1789).

en 1778² (Marco, 1991), unos datos que fueron posteriormente comentados y analizados por Joan Verdegel en el trabajo “Propuesta de estudio de la crítica de traducciones a partir de una muestra representativa”, publicado en 2004 en la revista *Hieronymus Complutensis*. Verdegel recuerda con estas palabras la necesidad de contribuir a la historia de la traducción recuperando traductores y traducciones como la que se estudia en este capítulo:

En el prólogo, además de justificar la necesidad de recopilación de esa *Bibliotheca de los Traductores*, Pellicer explica el método de presentación de ese *Ensayo*, que no se limita solamente a dar noticia de las vidas de los traductores, sino que recoge fielmente los títulos de las obras traducidas, señalando las ediciones, incluyendo las noticias literarias relacionadas con los libros, así como “noticia de las traducciones Italianas y Francesas, de cuyo cotejo resulta unas veces la preferencia de las nuestras, y otras su menor estimación”, lo que supone también una aportación interesante para los estudiosos de la teoría de la traducción y de la crítica de traducciones (p. 43).

Se trata de una antigua reivindicación, la de recuperar las figuras de los misioneros y sus traducciones —aunque en el caso de Juan de Estrada no se está hablando de la traducción de una obra indígena, sino de una obra religiosa “oriental” que pudiera ser utilizada en el marco de la labor evangelizadora llevada a cabo por los misioneros españoles—, que asimismo ha venido reclamando con ahínco Miguel Ángel Vega Cernuda en los últimos años:

Ni la actividad interpretativa de las “lenguas” ni los trabajos de recuperación por parte de los misioneros y a través de la traducción de las antigüedades lingüísticas indígenas figuran todavía,

2 Véase la edición facsímil en <http://www.traduccionliteraria.org/biblib/misc/MS101.htm>, donde también podemos leer una entrada bio-bibliográfica de Juan Gabriel López Guix sobre la figura de este humanista del siglo XVIII.

salvo raras excepciones, en las modernas exposiciones históricas de la Conquista, la Exploración o la Misión (p. 82).

En este sentido se reivindica también aquí la figura de Juan de Estrada, misionero dominico en México, y traductor. Así describe José Omar Tinajero Morales el “encargo” que recibió el fraile Juan de Estrada, entonces un joven novicio, por parte del fundador de la Orden dominica en México, fray Domingo de Betanzos:

Fray Domingo de Betanzos, fundador de los dominicos en México, era un profundo conocedor de la Patrística y al estructurar su proyecto evangelizador mandó imprimir una obra básica de la espiritualidad cristiana: la *Santa Escala* de san Juan Clímaco como libro de texto para sus novicios, pero hacía falta una edición de fácil acceso y traducida al castellano. Entonces la mandó a preparar con un religioso, al que quería como un hijo, fray Juan de la Magdalena (Acción Tepetlaoxtoc, 15 de diciembre de 2009).

Juan de Estrada, traductor de Juan Clímaco

Sobre la figura de Juan de Estrada se encuentran dos fuentes de datos biográficos en las que llama la atención su fuerte vinculación con el importante personaje histórico que fue su progenitor, Alonso de Estrada. Los primeros datos están en un artículo biográfico sobre éste último, escrito por Víctor Manuel López-Menchero Bendicho en el que se pueden leer las siguientes palabras:

Alonso de Estrada [...] tuvo dos hijos y cinco hijas. El hijo mayor, Luís Alfonso de Estrada, se quedó en Ciudad Real donde heredó el mayorazgo y todos los cargos de su padre. [...]

Por lo que respecta a su segundo hijo, Juan José de Estrada, marchó a la Nueva España, no sabemos si acompañando a sus padres a México o siguiéndoles con posterioridad. Lo que si sabemos

a ciencia cierta es que a mediados de 1528, Alonso de Estrada negoció con el vecino y regidor de Ciudad Real D. Lope Fernández de Treviño el casamiento de su hijo menor con la hija del citado regidor, sin que el matrimonio llegara finalmente a consumarse. Este fracaso propició la entrada de Juan José en la Orden de los Dominicos (orden preferida de su padre) pasándose a llamar fray Juan de la Magdalena.

Tanto su mujer como sus cinco hijas acompañaron a Alonso de Estrada en su viaje a América, más concretamente a Nueva España, lo que permitió a los Estrada desarrollar una cuidada política matrimonial, consolidándose como una de las familias más influyentes e importantes de la Nueva España en el siglo XVI (2007, pp. 88-89).

Así, resulta interesante leer cómo el ingreso del segundo hijo de Alonso de Estrada en la Orden dominica obedeció más bien a los deseos del padre y al hecho de no haber podido cerrar con éxito un matrimonio de conveniencia de aquél con una dama de tan alta alcurnia como la del propio futuro gobernador de Nueva España —lo que sí consiguió con sus cinco hijas, con las que la familia se trasladó a aquellas tierras (López-Menchero, 2007, pp. 89-91)—. Además, Estrada recibió “instrucciones particulares, destacando la relacionada con el buen tratamiento de los indios y la extensión de la fe católica” (López-Menchero, 2007, p. 91), que fue la labor que llevó a cabo su hijo Juan.

El segundo conjunto de datos biográficos se encuentran recopilados por el padre Echard y recogidos en el *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles* (Pellicer y Saforcada, 1778), antes citado:

Fr. Juan de Estrada de la Magdalena, natural de Ciudad-Real de la Mancha. Su padre Juan Alonso de Estrada fue el último Gobernador de México, y por consiguiente predecesor del primer Virrey Don Antonio de Mendoza. Quando pasó a la América dexó a su hijo estudiando con los Padres Dominicos de su patria, el qual siguió después a su padre. Sería esto por los años de 1530. El joven Estrada recibió el hábito de Santo Domingo en el Convento

de Tepetlaoztoc, y a los diez meses profesó en Mexico llamándose en la profesión Fr. Juan de la Magdalena. Luego estudió Artes y Theología. Aplicose también con grande intensión a la lengua Mexicana, en que salió muy perito. Fue Vicario de Coyoacan, y de otras Casas de la Provincia de Santiago. Siendo ya viejo determinó dar la vuelta a España, y viviendo en Madrid algunos años, se retiró al Convento de la Vera convidado de su mayor recolección y observancia, en el qual enfermó de los grandes rigores y abstinencias que usaba. Trasládose a Ciudad-Real a recobrar la salud con los ayres de la patria en compañía de su hermano Luis Alfonso de Estrada: y no logrando alivio, le conduxo su hermano a Picon, de cuya Villa era Señor, en donde agravándose, murió santamente el año de 1579. Lleváronle a enterrar al Convento de su patria³ (Pellicer y Saforcada, 1778, p. 19).

Como se puede leer, el padre del dominico ingresó a su hijo en su orden favorita, una orden que, por aquél entonces, ya tenía más de trescientos años de antigüedad,⁴ pero acababa de implantarse en México al albur de la conquista de América. Así describe dicho ingreso y la relevancia de la figura de Juan de Estrada en el seno de dicha orden, el investigador Pedro Fernández Rodríguez:

Fray Domingo de Betanzos mandó edificar durante su Provincialato la Iglesia y el Convento de Tepetlaoxtoc, en agradecimiento a Santa María Magdalena por haberle auxiliado durante el viaje de regreso de México el año 1534; el Eremitorio ya había sido edificado antes del año 1529. En este Convento de Tepetlaoxtoc tomó el hábito el 26 de noviembre de 1536 Fray Juan de la Magdalena o Estrada, nacido en Ciudad Real (España) hijo legítimo de Alonso de Estrado,

3 Estos datos se recogen asimismo en la obra de Manuel de Olaguíbel, publicada en 1878 y reeditada en 1991 por la UNAM, *Impresiones célebres y libros raros*, p. 125.

4 En la obra de José Barrado Barquilla (1997, 1741) encontramos el nombre del fraile Juan de Estrada adscrito al Convento de los Santos Apóstoles de Querétaro en México.

gobernador que fue y tesorero de la Nueva España, antes de llegar la Primera Audiencia. Este religioso Dominico es famoso por haber traducido el romance castellano el libro latino *Escala Espiritual* de San Juan Clímaco, cuyas páginas fueron lectura espiritual de los novicios, habiendo sido tal vez el primer libro que se imprimió en Nueva España, una vez traída la imprenta a México por su primer Virrey, D. Antonio de Mendoza (1994, p. 163).

Así, el joven dominico fue uno de los primeros en contribuir a que el pueblo mexicano pasara de una cultura ágrafa a una de carácter alfabeto de la mano de la Orden de Predicadores que, al amparo de insignes teólogos como Alberto Magno o Santo Tomás de Aquino, alcanzó su máxima expansión tras la conquista y la importante labor misionera que esta orden llevó a cabo en tierras americanas, destacando la figura de Bartolomé de las Casas y su defensa en México de los derechos de los indios, al que siguieron otros frailes dominicos como fray Antonio de Montesinos o fray Pedro de Córdoba.

Como es sabido, además de la formación teológica, uno de los principales ejes de la Orden dominica es la predicación, de ahí la importancia que muchos de sus miembros, como los arriba citados, alcanzaron dentro del proceso de evangelización del continente americano, además de haber contribuido enormemente a dignificar la figura del indio.

Como se describió anteriormente, Juan de Estrada fue uno de esos dominicos que ejerció su labor en el México colonial y, en el marco de esa labor, tradujo del latín al castellano la ya mencionada *Escalera espiritual para llegar al Cielo* de San Juan Clímaco, cuyo apodo, “Clímaco”, procede de la palabra *Klimax*, que en griego significa “escalera” y un nombre que a su vez se origina en el propio título de la obra traducida por Estrada. Así pues, se estudia a continuación en la figura de este monje asceta y la obra original traducida por Juan de Estrada para comprender mejor las razones por las que fue elegida para ser vertida al castellano, con fines evangelizadores, en Nueva España.

Juan Clímaco

A partir del siglo VI, el célebre monasterio de Santa Catalina, fundado por Justiniano en el Monte Sinaí, se convierte en el más importante centro de difusión del hesicanismo, una doctrina ascética difundida especialmente entre monjes orientales ortodoxos que creó una importante escuela en el mismo lugar donde Dios entregó la ley a su pueblo.

Uno de los más notables de entre los grandes doctores del Sinaí fue sin duda el abad del monasterio de Santa Catalina entre los años 580 y 605, Juan, de cuya vida, a pesar de haber sido uno de los ascetas orientales más conocidos, apenas se tienen datos, salvo alguna mención e indicios que el mismo Juan Clímaco incluye en su obra, y del que se sabe recibió una sólida formación intelectual.

A los dieciséis años, Juan Clímaco ingresa en el monasterio de Santa Catalina y se coloca bajo la dirección de un abad llamado Martyrius, quien lo ordenará fraile a la edad de veinte años. Tras la muerte de su padre espiritual, el asceta, que por aquel entonces tendría unos treinta y cinco años, decide entregarse a la vida solitaria en un sitio llamado Thola, donde se establece en una gruta algo alejada del grupo de anacoretas que vivía en los alrededores. Pasado un tiempo, se le acercaría su primer discípulo, un monje llamado Moisés y, más tarde, otros monjes atraídos por la aureola que había comenzado a formarse a su alrededor.

Con el tiempo, Juan se transformaría en un importante padre espiritual y, finalmente, es elegido abad del monasterio de Santa Catalina del Monte Sinaí. Se cree que durante esta época fue redactada su *Scala Paradisi*, como la llamaron los latinos, escrita originalmente en griego, aunque Juan de Estrada la traduce de una versión en latín. A una edad muy avanzada, Juan abdica en favor de su hermano Jorge y retorna a la vida solitaria hasta su muerte, que parece haber ocurrido en torno al año 650 (Etchevarne, 2011).

La escalera espiritual para llegar al Cielo

Según explica Rebeca Reynaud en su artículo “San Juan Clímaco y la *Escala espiritual*”, esta obra sería una de las más importantes de la cristiandad, pues, en su opinión:

En la Iglesia oriental, desde el siglo VII hasta nuestros días, ha sido el libro más leído después de la Biblia. Lo que la *Imitación de Cristo* de Kempis ha sido para los cristianos de occidente, así es la *Escala espiritual* para los orientales (Reynaud, s.d.).

Como también describe Reynaud, la *escalera*⁵ fue escrita por San Juan Clímaco “siendo abad del Monasterio de Santa Catalina del Monte Sinaí”, y constituiría “una guía para recorrer el camino interior hacia Dios” (Reynaud, s.d.). La *escalera* está compuesta por treinta *logoi* —del griego *logos*, “argumento”, llamados posteriormente por los editores “escalones”—, y completada por una “Carta” dirigida al abad Juan, de Raitu, a quien dedicó el libro. La obra se puede dividir en tres partes principales:

1. La primera de ellas podría considerarse como una introducción y está compuesta por los tres primeros “escalones”, que tratan, respectivamente:
 - El 1, de la renuncia al mundo.
 - El 2, del desapego interior.
 - El 3, del ingreso en la vida religiosa.

5 Como explica Miguel Ángel Vega Cernuda (s.d.), existen algunas ediciones online de la obra de Clímaco, una de ellas comentada por fray Luis de Granada (n. d.), aunque no se trata de la versión de Estrada. Este autor recomienda también el trabajo de José Torre Revello (1940), *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española* sobre el mundo de la impresión en la América colonial.

Estos tres primeros escalones hablan de los tres aspectos de la renunciación, básicos para iniciarse en el camino hacia Dios.

2. La segunda parte está constituida por los veintitrés “escalones” siguientes, que tratan, respectivamente:
 - El 4, de la obediencia, que es base y fundamento de la vida monacal.
 - El 5, de la penitencia.
 - El 6, de la memoria de la muerte.
 - El 7, de la aflicción purificadora.

Estos tres últimos serían el punto de partida de todo esfuerzo ascético

- El 8, de la ausencia de cólera y la mansedumbres.
- El 9, del rencor.
- El 10, de la maledicencia.
- El 11, del silencio.
- El 12, de la mentira.
- El 13, de la acedía y la pereza.
- El 14, de la gula.
- El 15, de la lujuria y la castidad.
- El 16, de la avaricia y de la no posesión.
- El 17, de la insensibilidad.
- El 18, del sueño y la salmodia de los cenobitas.
- El 19, de la vigilia.
- El 20, del temor pusilánime.

- El 21, de la vanagloria.
- El 22, del orgullo.
- El 23, de los pensamientos blasfemos.
- El 24, de la simplicidad y la dulzura.
- El 25, de la humildad.
- El 26, del discernimiento y la discreción.

Este capítulo cierra la segunda parte, que recapitula todos los escalones anteriores.

3. La tercera parte de *La escala*, conformada por los últimos tres escalones:
 - a. El 27, de la vida solitaria y anacorética.
 - b. El 28, de la oración inmaterial y de la paciencia.
 - c. El 29, de la impasibilidad.
 - d. El 30, muestra las tres virtudes teologales como coronamiento de toda perfección.

Esta tercera parte de la obra, por su contenido doctrinal, se puede considerar como un pequeño tratado de mística.

En palabras de Reynaud, quien realza el sentido trascendente de la obra como medio de llegar a Dios, un aspecto básico en toda labor evangelizadora:

No es posible encontrar en *La Santa Escala* una exposición sistemática, ni tampoco reglas o recetas de vida espiritual; no es un tratado de ascética ni un código de moral. Sin embargo indica, a través de múltiples señales, el camino a seguir por la libertad humana en la obra de crucifixión de nuestra individualidad y de

transfiguración de nuestro ser entero en la luz de la resurrección, algo que no podría ser realizado sin la acción de la gracia divina (Reynaud, s.d.).

Así pues, queda clara por la anterior descripción el interés que una obra de esta naturaleza, tan relevante a nivel intelectual y espiritual que puede equipararse a la *Imitatio Cristi* de Kempis y, a su vez, con una estructura tan didáctica y un objetivo tan claramente iniciático, puede haber tenido para los objetivos evangelizadores de los frailes dominicos en el Nuevo Mundo. De ahí que aprovecharan la reciente llegada de la imprenta a aquellas tierras para convertir en libro lo que sería una de las primeras versiones castellanas de una obra clave para la espiritualidad europea. Es importante resaltar este aspecto, pues, como se puede leer en el trabajo de José María Alegre Peyrón, esta labor pastoral realizada por los misioneros españoles se podría enmarcar en una misión global de educación espiritual de corte “europeísta” en el Nuevo Mundo. Este investigador lo expresa con estas reveladoras palabras:

[...] aún está por realizar un estudio completo de lo que ha sido la obra educativa de España en América. La amplia variedad de hechos y factores históricos que en materia educativa conocemos están postulando con acendrada urgencia sistematizar y concretar ya cómo ha de perfilarse una Historia de la Educación Española en América. La propagación del cristianismo en los nuevos territorios descubiertos fue la principal preocupación de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V, empeñados en concebir Europa y América como el «hogar de la cristiandad». Pero el emperador Carlos no solo se conformaría con la idea de sembrar y hacer crecer la semilla evangélica en los nuevos virreinos de La Española, Nueva España y Perú, sino que pondrá especial interés en que el indio sea redimido de su ignorancia y alzado al plano de la cultura española y europea [aunque] la evangelización es y constituye el motivo formal de toda la obra española en el continente americano (Alegre, 2007, p. 67).

Es en ese marco en el que se debe entender que un dominico como Juan de Estrada tradujese una obra de la naturaleza de *La escalera espiritual*, obra cumbre de la espiritualidad europea. No solo es importante la obra, sino también el lugar donde se produce, pues fue en Nueva España y Perú donde se llevó a cabo de forma más intensa dicha labor evangelizadora-educativa, como también aclara Alegre Peyrón:

Un sector geográfico: México y Perú. Un momento temporal: siglo XVI. Estas dos determinantes son la base sobre la cual hay que estudiar la historia de la pedagogía española en América si queremos diseñar brevemente sus perfiles más acusados y eficaces. Porque en definitiva, es durante el siglo XVI y en tierras mejicanas y peruanas donde el personal docente español toma conciencia de los problemas educativos que las circunstancias aborígenes plantean, donde se ensayan los primeros métodos catequísticos y docentes, y de cuyos resultados se dispondrán doctrinal y legislativamente en los restantes sectores geográficos. Me atrevería a decir que el siglo XVI es para la Historia de la Pedagogía Española un siglo definitivo y ejemplar, un siglo patrón, con cuyas dimensiones se medirán ulteriormente gran parte de los problemas pedagógicos americanos (Alegre, 2007, p. 69).

Unos problemas que se centraron durante años en una cuestión clave: la naturaleza racional —o no— de los indios. Finalmente se concluyó que se debía considerar al indígena un ser humano, pero necesitado de “educación”, marco en el cual se encuadra, pues, la labor evangelizadora española, como tan acertadamente resume de nuevo Alegre Peyrón:

[...] el pueblo español acabó por reconocer al indio como naturaleza racional perfectible, como hombre en el sentido entitativo del término. Pero de otra parte, el genio e ingenio indios —ya se trate de aztecas, incas, chibchas, araucanos, etc.—, pregonaron con argumentos veraces la presencia de unos factores humanos en los cuales la educación sería un fruto posible y eficaz. Dada

así la realidad de una entidad india perfectible, pudo hablarse desde España, y con suficiente seguridad, de una visión teológica de la evangelización. Pudo hablarse, y se habló, de unos fines, delimitados y precisos, en orden a la actuación docente española en América. Desde estos fines, por su perfil primordial, hemos de subrayar ante todo tres: la redención del indio, su incorporación a la cultura europea, y el logro de una integración informativo-normativa. Porque en este triple enfoque radica muy especialmente la razón y sentido de la empresa española en América, tal y como la concebía Carlos V. Redimir al indio de su situación idolátrica y gentílica, alzarlo, ofreciéndole una serie de conocimientos nuevos y necesarios al campo cultural del momento, y lograr en ellos no solo el fruto de los conocimientos teóricos y prácticos, sino también una formación de su moral y conducta. En líneas sintéticas, España se propuso un esquema completo e integral de docencia. Para ello se necesitaba un equipo de educadores. Un equipo deseoso de llevar a la práctica este noble y ambicioso programa de actuación. Carlos V, el Consejo de Indias y Castilla, los conquistadores mismos pidieron a los Provinciales de las órdenes religiosas los elementos más acabados en su formación y más exquisitos en su celo misional, para ser trasladados al nuevo continente como causas eficientes del proyecto. A las órdenes y congregaciones religiosas del siglo ha tocado el prestigioso honor de ser los primeros educadores españoles en tierras americanas. Al principio, los monarcas españoles solo habían admitido el ingreso a las provincias americanas, en calidad de misioneros, de los franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios. No parecía deseable la radicación de órdenes religiosas cuyos individuos vivían en clausura dedicados a la contemplación. (Alegre, 2007, p. 73).

Así, tras esta descripción de la meticulosa planificación de la labor pastoral de los misioneros en Indias por parte de las autoridades españolas, especialmente durante el reinado de Carlos V, no quedan dudas sobre la naturaleza educativa de su labor evangelizadora, lo que tuvo asimismo su reflejo en la ingente producción historiográfica y

literaria en forma de crónicas y obras de creación que vieron la luz durante aquellos años, como explica otra vez Alegre-Peyrón con las siguientes palabras:

Este florecimiento pedagógico e intelectual en Indias es fruto, sin duda, de la importante legislación pedagógica dictada por Carlos V, de la que solo conocemos con detalle aspectos parciales, quedando todavía muchas parcelas por estudiar. La importancia del tema está pidiendo a viva voz la realización de una exploración seria y científica, toda vez que es ingente el material de que disponemos y necesaria la investigación para un mejor encuadramiento de nuestra labor docente en América (Alegre, 2007, p. 78).

Dicha labor docente se ve descrita de la siguiente manera por este autor, quien destaca la importancia de las *doctrinas, gramáticas y vocabularios* elaborados por los misioneros españoles, base del adoctrinamiento en la fe cristiana de los pueblos indígenas (Valero 2015a, 2015b y 2016). El programa de enseñanza abarcaba los siguientes contenidos:

1. La enseñanza del catecismo.
2. La adquisición de hábitos intelectuales fundamentales: lectura, escritura, cálculo.
3. Aprendizaje del canto y de la liturgia.
4. La iniciación de tipo profesional.

Como se puede apreciar, amplio y completo programa de enseñanza. En el terreno de la enseñanza catequística, cuando aún la imprenta no existía, el religioso hubo de valerse del llamado método pictográfico. Fray Pedro de Gante ideó unos signos jeroglíficos por medio de los cuales el indio azteca llega al conocimiento de los principales principios de la fe cristiana. Se trata de un tipo de enseñanza intuitiva. En 1536, con la introducción de la imprenta en México, la enseñanza catequística se vio hondamente beneficiada, toda vez que la impresión

de los catecismos en las distintas lenguas indias constituyó para los impresores Juan Pablos y Pedro Ochartre uno de los quehaceres más importantes. En 1544, el dominico fray Pedro de Córdoba publica una *Doctrina cristiana*. En 1548, fray Pedro de Feria pone en manos de los catequistas la famosa *Doctrina zapoteca*. Fray Bernardino de Sahagún, Zumárraga y Vasco de Quiroga aportan igualmente una serie de textos catequísticos irremediables para el ejercicio de la función instructiva. Textos bilingües provistos de ilustraciones, forma ésta para ofrecer al docente y el discente un medio de poderosa ayuda pedagógica.

Por lo que respecta al aprendizaje de la lectura, España, consciente de su postura educadora, supo en el primer momento acoplarse a la realidad india, no exigiendo que el aborigen aprendiese el castellano, sino esforzándose ella misma por dominar el complicadísimo y multicolor tinglado de los dialectos americanos. Los educadores españoles consiguieron ante todo que el indio supiese leer en su propia lengua. Más tarde, a partir de 1551, se recomienda al personal docente español que trate de llevar a la práctica la enseñanza de la lengua española. Para este tipo de aprendizaje existieron unos textos de enseñanza apropiados: los *Vocabularios* y las *Gramáticas*. Fray Alonso de Molina compuso un *Vocabulario* y una *Gramática de la Lengua Castellana y Mexicana*. Otros religiosos dominicos y franciscanos elaboraron este tipo de textos en Perú y Quito.

Hacia fines del siglo XVI, la monarquía española creó en las universidades americanas cátedras de lengua indígenas —náhuatl, otomí, quechua, caciquel, araucano, entre otras— que habrían de ser cursadas por todos aquellos futuros misioneros llamados al ejercicio de la profesión docente.

A continuación se abordará una de las pruebas de ese florecimiento intelectual tan intenso que tuvo lugar durante el siglo XVI en Indias, tan representativo de las necesidades didácticas con fines evangelizadores arriba descritas, que fueron cubiertas por esas doctrinas, gramáticas y vocabularios y cuya difusión fue posible gracias a la llegada de la imprenta al Nuevo Mundo: la traducción castellana realizada por Juan de Estrada de *La escalera espiritual* de San Juan Clímaco.

Las traducciones castellanas de *La escalera espiritual*

Las “otras” traducciones de *La escalera espiritual*

El cardenal Cisneros ya había ordenado traducir anteriormente esta significativa obra, una primera traducción al castellano que se habría publicado, según documenta Rebeca Reynaud, en 1504 en Toledo:

Esta obra fue traducida al castellano por orden del cardenal Cisneros, e impresa en Toledo en 1504. Así se ha venido repitiendo desde mediados del siglo XVI en las nueve ediciones castellanas, preparadas y comentadas por fray Luis de Granada. En otras ediciones latinas que llegaban a España, se llama *Escala del paraíso* (*Scala paradisi*). (Reynaud, s.d.).

Como asimismo indica Reynaud, no fue esta la única traducción castellana de esta obra realizada por aquellos años, como se sabe por estas palabras del también dominico fray Luis de Granada que Harry Wohlmuth recoge en su artículo “Fray Luis de Granada y el arte de la traducción: la carta dedicatoria a la reina de Portugal y las versiones castellanas de la *Escala espiritual*”:

[La *Escala espiritual*] fue originalmente escrito en Griego, y después fue dos veces trasladado en latin. De las quales traslaciones la una es antigua y muy oscura y barbara, y la otra, más nueva y muy elegante, hecha por un Ambrosio Camaldulense... También ha sido trasladado en lengua Toscana y Castellana: y en esta otras dos veces. De las quales traslaciones la una es también antigua y tan antigua que apenas se entiende, y la otra es muy nueva, hecha por un Aragonés o Valenciano, la qual no es menos oscura y difícil que la pasada, así por la dificultad del libro, como por muchos vocablos que tiene peregrinos y estrangeros como son, bajorina, soledumbre, inroable y otros tales (Wohlmuth, 2004, p. 311).

Como se puede deducir de estas palabras, la primera traducción, la más “antigua” tiene que ser la versión de 1504, una traducción que, como explica el propio Wohlmuth, se publicó “con el título de *Las tablas & escalera espiritual* por medio de la traducción latina de Ambrogio Traversari, texto que la misma imprenta sacó a luz casi inmediatamente” (Wohlmuth, 2014, p. 315), es decir, la que encargó realizar el cardenal Cisneros.

La segunda traducción podría ser la de Juan de Estrada, aunque su figura no se corresponde con ese traductor “valenciano o aragonés”, puesto que el dominico era castellano, de Ciudad Real, ni con las críticas de fray Luis a la propia traducción que se referenció arriba, pues, según Dávila, a Juan de Estrada se le encargó la traducción de la obra de Juan Clímaco por ser “buen Latino y Romancista” (Pellicer y Saforçada, 1778, p. 120).

Así, recientes investigaciones han llevado a la conclusión de que esa segunda traducción más nueva, pero plagada de términos erróneos, fue realizada por el Maestro Bernardino e impresa por el valenciano Joan de Mey Flandro en 1553, pero no en Valencia, sino en Alcalá de Henares, donde, como explica Armando Pego Puigbó en su trabajo *El renacimiento espiritual: introducción literaria a los tratados de oración españoles (1520-1566)*, “la imprenta de Juan Mey de la ciudad levantina continuó en activo durante el periodo complutense” (2004, p. 173).

Por lo que se refiere a la traducción de la *Escalera* realizada por Juan de Estrada, la cuestión que se plantea es si fue o no conocida por fray Luis de Granada, aunque se sabe que fue, a todas luces, anterior a 1562 y a pesar de que la fecha de 1532 aceptada inicialmente no parece corresponderse con la realidad por el hecho de que quien llevó la imprenta al nuevo mundo, el virrey Mendoza, no llegó a tierras mexicanas hasta 1535. Por esa razón, los estudios más recientes concluyen que tuvo que editarse en 1536 o 1537 (García, 1886; Pego, 2004, p. 173 y Wohlmuth, 2014, p. 316) e incluso plantean que puede que no fuera en la imprenta de Juan de Pablos, sino en la de Esteban Martín (Wohlmuth, 2014, pp. 315-316). Además, Wohlmuth expresa asimismo con gran acierto la posibilidad de que fray Luis conociera la traducción de Estrada a partir de este juego de fechas (2014, p. 315):

¿Pudo fray Luis haber conocido la traducción del libro de San Juan Clímaco hecha por Juan de Estrada, o de la Magdalena, publicada en México? Eso parece muy probable. La traducción de Juan de Estrada aparece citada a menudo como uno de los primeros libros impresos en México, si no el absolutamente primero, y se atribuye ora a la hipotética imprenta de Estéban Martín, ora a la de Juan Pablos, dependiendo de la fecha de su quimérica impresión. De esta edición no se conoce ejemplar alguno y la menciona por primera vez fray Agustín Dávila y Padilla en *su Historia... de la Provincia de Santiago de Mexico, de la Orden de Predicadores*, obra publicada en 1596. Dávila Padilla, aunque atribuye la edición a la imprenta de Juan Pablos, no indica ninguna fecha de impresión (Wohlmuth, 2014, p. 315).

La traducción castellana de *La escalera espiritual* de Juan de Estrada

En palabras del padre Echard, los datos bibliográficos sobre la traducción de esta obra por parte de Juan de Estrada que se pueden encontrar en la obra de Pellicer y Saforcada, en este caso a continuación de los aspectos biográficos, serían los siguientes:

[Juan de Estrada] publicó: *La escalera espiritual para llegar al Cielo de San Juan Climaco*. Mexico por Juan Pablos 1532. Así refiere esta edición el Padre Echard (1). Hizo esta traducción Fr. Juan de Estrada siendo novicio; porque acostumbrándose a repartir a los novicios la *Escalera* de San Juan Clímaco, le encargaron, dice el Padre Fr. Agustín Dávila (de quien hemos tomado las noticias de su vida) la traduxese en castellano por ser buen latino y romanista. Dávila añade que esta obra no estaba antes en castellano, siendo así que muchos años antes la mandó traducir y publicar el Cardenal Cisneros. La versión de nuestro Fr. Juan tiene la singularidad de ser el primer libro que se imprimió en México. En el año de 1532 (dice el Maestro Gil González Dávila), el Virrey

D. Antonio de Mendoza llevó la Imprenta a México. El primer impresor fue Juan Pablos. Y el primer libro que se imprimió en el Nuevo Mundo fue el que escribió San Juan Clímaco traducido de Latín en Castellano por el padre fray Juan de la Magdalena, Dominico (Pellicer y Saforcada, 1778, p. 120).

Estas son, por otra parte, las palabras de Joan Verdegall en su trabajo “Propuesta de estudio de la crítica de traducciones a partir de una muestra representativa (Juan Antonio Pellicer y Saforcada, 1778)” cuando recoge los datos que aparecen en la *Ensayo para una biblioteca de traductores españoles* de Pellicer y Saforcada sobre la figura de Juan de Estrada y su traducción de la *Escala* tal y como aparecen en la entrada sobre la figura del dominico⁶:

26. Fr. JUAN DE ESTRADA DE LA MAGDALENA (Ciudad Real, ?-Picón, 1579) (datos a partir de 1530), dominico; estudió Artes y Teología; vicario de Coyoacán (Méjico). a. La Escalera espiritual para llegar al Cielo de San Juan Climaco (1532), México, por Juan Pablos. Datos biográficos: Además de sus cargos eclesiásticos, procedía de familia aristocrática, pues su padre (Juan Alonso de Estrada) fue el último gobernador de México, y por consiguiente primer predecesor del primer virrey Antonio de Mendoza (Verdegall 2004, p. 46).

El estudio de Joan Verdegall también incluye comentarios sobre las traducciones que recoge y esta es la crítica de la traducción de Juan de Estrada que se puede leer en él:

26. Fr. JUAN DE ESTRADA DE LA MAGDALENA (Ciudad Real, ?-Picón, 1579) (datos a partir de 1530), dominico; estudió Artes y Teología; vicario de Coyoacán (Méjico). a. La Escalera espiritual para llegar al Cielo de San Juan Clímaco (1532), México, por Juan Pablos. Crítica. Realizó la traducción siendo novicio «por ser

6 El nombre del dominico también aparece en la obra de Francisco Aguilar Piñal (1986).

buen Latino y Romancista» (p. 120). Esta obra ya la había mandado traducir el Cardenal Cisneros, pero la versión de fray Juan de la Estrada tiene la particularidad de ser el primer libro que se imprimió en México (Verdegal 2004, p. 56).

Así, a pesar de la gran cantidad de referencias a ella⁷, se llegó a dudar de la existencia de esta traducción por el hecho de que fray Luis no la incluyera cuando cita las traducciones anteriores a la suya. Como bien explica Joaquín García Icazbalceta:

Algunos han querido negar la *traducción mexicana* de la *Escala* fundándose en que fray Luis de Granada, que tradujo hacia 1562 el mismo libro, habla solamente de dos traducciones anteriores a la suya, sin mencionar la de Estrada, de lo cual se deduce que no la conoció o que no existe. Lo primero se juzga inverosímil en atención a ser los autores coetáneos y de la misma orden, y por eso se adopta el otro extremo. Preferimos creer, con Pellicer, que la traducción de Estrada se ocultó a fray Luis. Se hizo exclusivamente para los novicios del convento de Santo Domingo: no fue un trabajo *literario* sino un servicio exigido por los superiores, y no saldría mucho del recinto del noviciado. La edición, atendido su objeto, sería de pocos ejemplares y no se pondría en venta. Reune todos los caracteres de una edición *privada*, que no se esparció por la ciudad, ni mucho menos pasó el océano... No debe admirarnos que veinticinco años después ignorase fray Luis esa traducción encerrada en un convento, á dos mil leguas de distancia.

Es cierto que de la *Escala Espiritual* no se ha encontrado todavía ejemplar alguno; pero tampoco es razón ésta para negar que existieron. Otras ediciones menos antiguas se hallan en igual caso, sin que por eso se pongan en duda [...] Para negar la existencia de la *Escala* hay que atropellar el testimonio de Dávila Padilla: dura

7 Aparece asimismo recogida por el importantísimo bibliógrafo Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispano Nova* (Pellicer y Saforcada, 1778, p. 133), lo que de la medida de su importancia.

cosa por cierto. [...] Para escribir su *Historia* se valió de los archivos de la orden, y de lo que escribieron frailes más antiguos que alcanzaron á fray Juan. Era Dávila persona grave [...] ¿Qué interés sería bastante para que una persona de tal carácter faltara conscientemente á la verdad, y dijera, á no ser cierto, que aquel libro fue el primero impreso en México? (1886, XV-XVI).

En este párrafo se encuentran las claves para poder reafirmar la existencia de esta traducción: fue una obra para consumo interno que no traspasó las fronteras de Nuevo Mundo y que su existencia viene avallada por la autoridad de otro dominico, Agustín Dávila Padilla, asimismo fraile misionero a finales del siglo XVI en México.

La otra duda importante, la existencia o no por aquellos años de imprenta en México, se deduce por el propio hecho de haberse encargado la traducción, pues, de no haber existido, habría sido preciso “enviar el manuscrito a España, y en tal caso mucho más breve y sencillo habría sido pedir ejemplares de la versión castellana anónima impresa en Toledo en 1504, que entonces sería fácil de conseguir”, como también aclara García Icazbalceta (1886, p. XV), por lo que no parece aceptable seguir dudando la veracidad de ambos datos, ni de las fechas, aunque aproximadas, de implantación de la imprenta en México, ni de la propia traducción.

Cierre

En este trabajo se ha llevado a cabo un recorrido por la historia y la intrahistoria de una traducción, la *Escala* de Juan Clímaco, y uno de sus traductores, el dominico Juan de Estrada, un recorrido que se enmarca dentro de la labor de rescatar del olvido la actividad traductora de los misioneros españoles en el Nuevo Mundo, en esta ocasión, por parte de algunos de los más implicados en su labor evangelizadora, los frailes dominicos, como se ha intentado poner de manifiesto a lo largo de este estudio. En ese sentido, fue decisiva la figura del padre de Juan de Estrada, el que fuera gobernador de Nueva España, al decidir

su ingreso en dicha orden tras un matrimonio fallido en España e inocularle, con seguridad, el veneno de la necesidad de evangelización e instrucción de los indígenas americanos.

Por otra parte, ha quedado puesto de relieve que la labor de Juan Estrada al traducir el texto de Juan de Clímaco consistió en realizar una traducción para uso “interno” de los misioneros dominicos en Indias, en este caso concreto, en el marco de las comunidades religiosas en el México colonial —donde el fraile fue primero novicio y después ejerció su labor a lo largo de toda su vida—, con unos fines claramente pastorales y doctrinales, y también didácticos, dada la naturaleza y estructura del propio texto y los destinatarios del mismo: los indígenas americanos.

El texto original y las traducciones españolas se enmarcarían, pues, como se explicó al principio de este trabajo, en la labor educativa global que, especialmente durante el reinado de Carlos V, la Corona española pretendió llevar a cabo en Indias, lo que a su vez tiene su reflejo en el auge intelectual, especialmente de corte espiritual, que tuvo lugar durante el siglo XVI en las colonias españolas del continente americano y que dio lugar a la ingente producción en literatura espiritual durante aquellos años en forma de catecismos, doctrinas, gramáticas y vocabularios: una gran labor doctrinal, pero también lingüística y filológica.

Como se vio, en el presente no se conserva ningún ejemplar de la traducción que llevó a cabo Estrada, por lo que parece palmario que el volumen no tuvo difusión más allá de las fronteras americanas y el uso doctrinal que se le dio entonces en las comunidades religiosas del actual México, habiendo sido las traducciones de 1504, la “valenciana” en menor medida, y la posterior de fray Luis de Granada, las que llegaron a ser conocidas dentro de la Península en el siglo XVI.

Así, se puede concluir que la traducción de Juan de Estrada respondió a las necesidades de aquellos que la “encargaron” en tierras americanas y traslada a la lengua castellana una de las obras más importantes de la cristiandad, la más conocida entre los cristianos orientales, y que ha pasado a la historia por ser la primera obra publicada en una imprenta allende los mares, un mérito que ostenta para la historia de la traducción en Hispanoamérica uno de nuestros homenajeados frailes dominicos españoles.

Referencias

- Acción Tepetlaoxtoc. (15 de diciembre de 2009). *Historia de Tepetlaoxtoc*. En línea: <http://acciontepe.blogspot.com.es/2009/12/historia-de-tepetlaoxtoc.html>
- Aguilar, F. (1986). *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. (Volumen 4). Madrid: CSIC.
- Alegre, J. (2007). Labor educadora de España en América en el siglo XVI. *Boletín AEPE*: 40-41, 67-90.
- Barrado, J. (1997). *Los Dominicos y el Nuevo Mundo, siglos XIX-XX (Actas del Vº Congreso Internacional, Querétaro, México, 4-8 septiembre 1995)*. Barcelona: Editorial San Esteban.
- Castañeda, C. (2001). *Del autor al lector: libros y libreros en la historia*. México: CIESAS.
- De Alcedo, A. (1789). *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*. Madrid: Imprenta de Benito Cano.
- De Granada L. (s.d.). *Libro de la escala espiritual. BEC (Biblioteca electrónica cristiana)*. En línea: <http://multimedios.org/docs/d000162/>
- Esquibel, J. (1998). The Paternal Ancestry of Don Alonso de Estrada, Tesorero y Gobernador de Nueva España, and the Revised Genealogy of the Sosa Albornoz Family. *Genealogical Journal of the Society of Hispanic and Ancestral Research*, IV.
- Etchevarne, C. (marzo de 2011). “La santa escala” de San Juan Clímaco. En línea: <http://orthodoxmadrid.com/wp-content/uploads/2011/03/La-Santa-Escala.pdf>
- Fernández, P. (1994). *Los Dominicos en el contexto de la primera evangelización de México (1526-1550)*. Salamanca: San Esteban.
- García, J. (1886). *Biblioteca mexicana del siglo XVI. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600*. México. En línea: https://books.google.com/books?id=IOU-AAAAYAAJ&pg=PR15&lpg=PR15&dq=juan+estrada+traducci%C3%B3n+de+escala&source=bl&ots=2dLmKFDPvN&sig=474FUS8eMRt_iGWm4NncCdD_W9A&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwiciPuLs93KAhXE3SYKHVFGANoQ6AEIJ-TAE#v=onepage&q=juan%20estrada%20traducci%C3%B3n%20de%20escala&f=false

- López-Menchero, V. (junio de 2007). Alonso de Estrada: el ciudarrealeno que llegó a ser gobernador de la Nueva España en tiempos del emperador Carlos V. *Estudios Ibero-Americanos*, XXXIII (1): 87-109. En línea: <https://goo.gl/ahhfSE>
- Marco, A. (1991). Sobre el Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles de J. A. Pellicer y Saforcada. En Lafarga, F. (Ed.) *La traducción en España (1750-1830)*. Lérida: Universitat de Lleida.
- De Olaguíbel, M. (1991). *Impresiones célebres y libros raros* (original publicado en 1878). México: UNAM.
- Pego, A. (2004). *El renacimiento espiritual: introducción literaria a los tratados de oración españoles (1520-1566)*. Madrid: CSIC. En línea: https://books.google.com/books?id=JU9R7W_x_rsC&pg=PA173&lpg=PA173&dq=juan+estrada+traducci%C3%B3n+de+escala&source=bl&ots=KH-vAQO_yJN&sig=ae0tmXMEHEkkQx8tdyIHwvZY6oU&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwiciPuLs93KAhXE3SYKHVFGANoQ6AEIK-DAF#v=onepage&q=juan%20estrada%20traducci%C3%B3n%20de%20escala&f=true
- Pellicer y Saforcada, J. (1778). *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*. En línea: <https://goo.gl/hmzxdB>
- Reynaud, R. (s.d.). San Juan Clímaco y la *Escala espiritual*. En línea: <http://www.autorescatolicos.org/misc11/rebecareynaud179.htm>.
- Torre, J. (1940). *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- Valero, M. (2015a). Maturino Gilberti y la discursividad indígena. En Martino, P. y Vega, M. (Coords.) *El escrito(r) misionero como tema de investigación humanística*. Madrid: OMM Press.
- Valero, M. (2015b). La “terminología” cristiana en el vocabulario y el arte de la lengua del fraile franciscano Maturino Gilberti. *Mutatis Mutandis: Revista Latinoamericana de Traducción*, 8. (1): 215-238.
- Valero M. (2016). Terminología cristiana en el Arte de la lengua mixteca de Antonio de los reyes (1593) y el Vocabulario en lengua mixteca de Francisco de Alvarado. En Bueno, A., Perez, D. y Serrano, E. (Eds.) *Domínicos: labor intelectual, lingüística y cultural. 800 años*.
- Vega, M. (2004). Lenguas, farautes y traductores en el encuentro de los mundos. Apuntes para una historia de la comunicación lingüística en la época de los descubrimientos en la América protohispana. *Hieronymus*

complutensis, (11): 81-108. En línea: http://cvc.cervantes.es/lengua/hieronymus/pdf/11/11_081.pdf

Vega, M. (n. d.). *Juan de Estrada (-1570), religioso dominico, España/Méjico*. En línea: <http://web.ua.es/es/histrad/documentos/biografias/juan-de-estrada.pdf>

Verdegal, J. (2004). Propuesta de estudio de la crítica de traducciones a partir de una muestra representativa (Juan Antonio Pellicer y Saforcada, 1778). *Hieronymus complutensis*, (11): 43-62. En línea: http://cvc.cervantes.es/lengua/hieronymus/pdf/11/11_043.pdf

Wohlmuth, H. (2004). Fray Luis de Granada y el arte de la traducción: la carta dedicatoria a la reina de Portugal y las versiones castellanas de la Escala espiritual. En Sierra F. (Ed.) *Literatura y trasgresión (en Homenaje al profesor Manuel Ferrer Chivite)*. Amsterdam-Nueva York: Rodopi.